

caja 4 (63)



El abogado Ricardo Rivadeneira Monreal aceptó la presidencia del nuevo Partido Renovación Nacional, en presencia de los vicepresidentes de la colectividad que resultó de la fusión de la Unión Nacional, (UN) Unión Democrática Independiente (UDI) y Frente Nacional del Trabajo (FNT).

El Mercurio
Dgo. 8 de Feb. política

Nuevo Partido "Ricardo Rivadeneira Monreal cumple con todos los requisitos para asumir la presidencia del nuevo conglomerado en gestación" expresaron [3] los vicepresidentes del nuevo Partido Renovación Nacional, Andrés Allamand, Juan de Dios Carmona y Jaime Guzmán. El dirigente propuesto, que aceptó [4] la presidencia de la colectividad surgida de la fusión de la Unión Nacional (UN), la Unión Demócrata Independiente (UDI) y el Frente Nacional del Trabajo (FNT), es abogado. Obtuvo su título al comienzo de la década del 50 y realizó estudios de post grado en España. Fue profesor auxiliar de Derecho Penal en la Universidad Católica y profesor titular de la misma cátedra en la Universidad de Chile.

*** En conferencia de prensa [4] acompañado por los vicepresidentes Allamand, Carmona y Guzmán, y del integrante de la comisión política, Sergio Onofre Jarpa, el nuevo dirigente formuló un llamado a los sectores independientes para que se sumen a esta iniciativa política. Durante el acto fue presentado el secretario general del partido, Gonzalo García Balmaceda, abogado y gerente general de la FISA. La directiva asumirá en plenitud sus funciones en la primera semana de marzo.

La gran masa de chilenos que aspira a ver consolidarse corrientes de opinión poderosas y moderadas, dirigidas por políticos patriotas y desinteresados, para conducir a la opinión pública en los próximos y cruciales años de la transición a la plena democracia, debe haber quedado satisfecha con algunos signos de madurez mostrados en la última semana por aquel sector del espectro político al que habitualmente se designa como derecha.

La unidad de esas fuerzas políticas en una gran corriente de vocación democrática dio un paso decisivo al conseguir, primero, un amplio consenso interno para la designación de su presidente y, en seguida, la rápida aceptación por parte de éste.

Si, como es habitual en iniciativas de esta

naturaleza, hubieran existido acaloradas discusiones en ese punto inicial o si las reticencias hubieran llevado a la persona propuesta a declinar el ofrecimiento, los augurios habrían tendido a ser negativos. Sin embargo, pareció primar el desprendimiento de las directivas preexistentes y la vocación de servicio público del presidente designado.

La personalidad de Ricardo Rivadeneira cumple con las condiciones requeridas para conducir una renovada colectividad de orden y moderación en una nación democrática moderna. Irreprochable estatura moral, capacidad personal indiscutida e independencia de criterio son algunas de las características que le reconocen quienes lo propusieron para la difícil tarea de impulsar en sus primeros me-

ses de vida la acción de la nueva entidad política y limar las inevitables asperezas que deberán producirse entre personalidades con matices de pensamiento muy diversos.

Su falta de pasado político manifiesta, además, la decisión de los organizadores del nuevo partido, denominado "Renovación Nacional", en cuanto a incorporar a las tareas políticas a personas que hasta la fecha se habían mantenido reticentes a involucrarse en la actividad política, de manera de atraer a amplios sectores de extracción independiente. Esta misma voluntad quedó de manifiesto en el hecho de haber reservado ocho de los 12 puestos de su comisión política a personas que no hayan pertenecido a las tres entidades que lo conformaron.

La DC ¿Es de Izquierda?

Esta pregunta, formulada sucesivamente por nuestro diario a personeros de todas las tendencias internas de la Democracia Cristiana, fue acogida con cierta molestia por varios de ellos, que no quieren admitir que exista una pluralidad de opiniones en ese conglomerado. Es una inquietud que, sin embargo, se presenta hoy, más que en el pasado, a muchos sectores de la ciudadanía.

Mientras vivía el ex Presidente Eduardo Frei, la cuestión podía considerarse menos trascendental. La personalidad del ex Mandatario desbordó siempre el cauce de su partido. Recién fundado éste, sus adversarios políticos caracterizaban la situación peyorativamente, pero con un atisbo de realismo, señalando que Frei era en la Falange Nacional como "un álamo dentro de un macetero".

Posteriormente, hace ya 30 años, se formó la Democracia Cristiana en torno a la ex Falange y a escisiones del Partido Conservador, del Agrario-Laborismo y de otras fuerzas menores. Muchos chilenos pensaron que el nuevo partido, homónimo de las grandes

colectividades de centro-derecha que condujeron la reconstrucción y el "milagro económico" en Europa, sobre la base del progreso social a través del fortalecimiento de la propiedad privada y de la libertad de los mercados, estaba llamada a repetir ese papel en nuestro medio, y le prestaron su apoyo.

Frei parecía ser, en verdad, el prototipo latinoamericano del gran estadista europeo moderado de nuestra era, llamárase éste Adenauer, Churchill, De Gasperi o Schumann. Nuestra historia política de las últimas décadas es, sin embargo, conocida. Tal vez a pesar del propio ex Mandatario, su Gobierno se convirtió en un verdugo de extensos sectores de propietarios privados chilenos y proclamó su vocación revolucionaria y socialista-comunitaria. Por su parte, la juventud del partido, dejando claramente de manifiesto hasta qué punto se encontraba infiltrada por elementos marxistas, inició una verdadera revolución en el ámbito universitario, dirigiendo numerosas tomas de establecimientos de estudios superiores.

Tales actitudes condujeron al simultáneo fortalecimiento de las derechas y de las izquierdas, dejando así relegada a la DC al último lugar en la elección presidencial de 1970. La depuración de sus filas que se produjo con la creación del MAPU y de la Izquierda Cristiana, tampoco permitió a esa entidad superar su simpatía hacia la izquierda ni su rechazo freudiano respecto de los sectores de derecha de los cuales provenía.

Ahora que no está Frei, se preguntan muchos chilenos, ¿a dónde podrá llegar el impetu revolucionario o reformista —en todo caso, anticapitalista— de la Democracia Cristiana? La mayoría de los dirigentes consultados responde que el Partido Demócrata Cristiano es de izquierda o centroizquierda; pero todos coinciden en su vocación reformista o revolucionaria con respecto a las estructuras económico-sociales del país.

Si la DC sin Eduardo Frei es otro partido, no cabe duda de que éste se encuentra bastante más a la izquierda que el anterior.

El Anhelo de Estabilidad

Todas las encuestas de opinión realizadas en nuestro medio revelan un gran anhelo de los chilenos por la estabilidad: seguridad en el trabajo, posibilidad de ahorrar, seguridad en las calles. Ni los logros espectaculares ni las utopías revolucionarias figuran en la agenda popular, profundamente inspirada en el sentido común. La actual sociedad occidental, desarrollada, capitalista y libertaria, es el punto del horizonte hacia el cual miran las aspiraciones de la mayoría de los chilenos.

En efecto, aún cuando la ciudadanía pueda dejarse llevar, en arranques pasajeros, a

apoyar utopismos alejados de la idiosincrasia nacional, pronto vuelve a posiciones que reflejan una importante dosis de sentido común.

La Democracia Cristiana —sea o no de izquierda— aspira a una gran reforma socialista comunitaria y terceromundista, que difícilmente encuadra en una agenda de moderación y estabilidad económica, política o social. Si la figura de Frei proyectaba una sombra de sensatez sobre las utopías inciertas, en su ausencia resulta imposible disimularlas.

Debido a esta actitud del PDC y a que el radicalismo —que fue considerado un partido totalmente representativo de las posiciones centristas— se ha inclinado fuertemente hacia el marxismo, un importante sector de la ciudadanía espera que la nueva entidad —que busca la consolidación de la estabilidad económica-social, el orden y la permanencia de las instituciones básicas de toda democracia occidental— satisfaga la necesidad que experimenta el país de que existan agrupaciones moderadas e independientes, que no se dejen llevar por un excesivo ideologismo.